

de la Sorbona, honrado con el título de visitador apostólico, y nombrado posteriormente obispo de Conon, habiendo tomado las medidas que creyó suficientes para adquirir un completo conocimiento sobre todos los puntos de la disputa, espidió en 1693 un mandato por el que condenaba, como contrario á la santidad del cristianismo, todo lo que los jesuitas habian tolerado de parte de los chinos convertidos, de cuya direccion estaban encargados. Los misioneros favorables á las costumbres de los chinos, acudieron al momento á Roma solicitando obtener providencia contra el mandato del visitador apostólico. Inocencio XII, en vista de esto, estableció una congregacion extraordinaria de cardenales y teólogos á fin de que entendiese en un asunto tan delicado; y posteriormente Clemente XI, que le sucedió en el pontificado, deseando adquirir datos mas luminosos antes de pronunciar un fallo decisivo, envió á la China, como legado apostólico, á Tournon, patriarca de Antioquia y luego cardenal. Este legado, opinando del mismo modo que el obispo de Conon, y atribuyendo á las costumbres de los chinos todos los caracteres de un culto religioso y por lo tanto idolátrico, manifestó su opinion por medio de un decreto fechado en enero de 1707. Los obispos de Ascalon y de Macao, juntamente con los jesuitas, cuya opinion seguan en el particular, apelaron al Papa de la sentencia pronunciada por el legado, y Clemente XI, tomando providencia sobre la apelacion, confirmó la sentencia por medio de dos decretos de la Inquisicion de Roma, uno del 8 de agosto de 1709, y otro del 23 de setiembre de 1710. El mismo Pontífice, por su bula *Ex illa die* de 1713, proscribió las ceremonias chinas y prohibió su uso á los nuevos cristianos de aquella nacion. En este intervalo, el emperador Cam-Hi, noticioso de las divisiones que tan públicamente habian estallado entre los misioneros con respecto á dichas ceremonias, así como de todas las diligencias que sobre el particular se habian practicado, tanto en Europa como en sus propios dominios, quiso constituirse en juez de la controversia. Pero poco satisfecho del legado y del obispo de Conon, á quienes habia interrogado acerca de los puntos que promovian la cuestion, y de quienes no habia recibido todas las señales de respetuosa deferen-

cia que él se imaginaba merecer, publicó un decreto desterrando de sus Estados á todos los doctores cristianos procedentes de Europa á quienes él no hubiese otorgado permiso por escrito; y es de advertir que estos documentos no se concedian sino á los que prometian respetar los usos de la nacion, relativos á los honores que habia costumbre de hacer á Confucio y á los antepasados de cada familia. Este decreto, cuya ejecucion estaba encomendada al supremo tribunal de ritos y secundariamente á los vireyes y gobernadores de las provincias, fué considerado por parte de los misioneros que no opinaban como los jesuitas como un acontecimiento sumamente desagradable. El cardenal Tournon fué su primera victima, pues falleció en 1710 en Macao, en donde por orden del emperador, estaba detenido como prisionero. Así es como el espíritu de contienda, enfermedad de Europa llevada por algunos misioneros á aquellos lejanos climas, detuvo los progresos al principio tan rápidos que el Evangelio habia hecho en la China, en donde los Apóstoles del cristianismo no hubieran debido presentarse mas que para ilustrar á los hombres y hacerlos mas virtuosos. Ah! El cristianismo, que no tardó en sufrir persecuciones en la China, se habia tambien retirado del Japon, donde poco antes contaba con un prodigioso número de prosélitos, entre los que figuraban algunos príncipes ó reyezuelos del pais. Ya habian pasado los tiempos en que aquellos príncipes, abjurando el paganismo, enviaban una célebre embajada á Gregorio XIII. Los decretos de proscripcion que se sucedieron desde 1586 á 1667, habian inundado de sangre cristiana aquella suelo; y el motivo de que se echó mano para determinar á los soberanos del Japon á declarar una guerra tan cruel á la Religion católica, haciendo perecer una gran parte de sus vasallos que la habian abrazado, es bien digno de notarse. Se logró persuadirles (y esta impostura fué, segun parece, artificio de cierta nacion cristiana, pero herética, que envidiosa del comercio de los portugueses, hacia ya de tiempo que estaba trabajando por suplantarlos, y que fué la única que recogió el fruto de su odiosa impostura); hallóse medio, volvemos á decir, de persuadir á los monarcas del Japon, de que si no se oponian prontamente á los pro-

gresos que la nueva religion hacia en sus Estados, se esponian al peligro de tener que ser súbditos de los reyes de Portugal. Marcáronles sobre un mapa-mundi las vastas posesiones de la España en Europa, Asia, Africa, y particularmente en América: luego les aseguraron, que cuando los príncipes cristianos intentaban conquistar algun pais nuevamente descubierto, principiaban por enviar misioneros que sometian á los pueblos al yugo del Evangelio; y que cuando estos doctores de la ley cristiana contaban con un número bastante considerable de discípulos, iban de Europa tropas agueridas que uniéndose con ellos destronaban á los soberanos legítimos. Así es que en aquel grande imperio tuvo tanta parte la política en la destruccion del cristianismo, como la adhesion de los monarcas y del pueblo al culto de los ídolos. A pesar de la ley que prohibia la entrada en el Japon á todos los europeos, un misionero halló medio de introducirse, como lo atestigua el relato de los holandeses, que entonces se hallaban en la factoría mercantil que su nacion tenia en Nangazaqui, ciudad japonesa de la provincia de Bongo y del distrito de Amura. Juan Bautista Sidotti, natural de Palermo en Sicilia, se habia dedicado desde su mas tierna edad á trabajar, en los países idolátricos, en la conversion de infieles. Poseído de esta idea, pasó á Roma y se aplicó por espacio de algunos años al estudio del idioma del Japon, llegando no solo á comprenderlo, sino hasta á hablarlo con gran soltura. Cuando se creyó en estado de poder llevar á cabo su piadoso designio, alcanzó del Pontífice en 1702 una mision particular para el Japon y emprendió en el mismo año su marcha, tomando el camino por la Arabia y las Indias Orientales. Al cabo de grandes penalidades y trabajos llegó á Manila, en la isla de Luzon, que es una de las Filipinas. Esta capital, lo diremos de paso, erigida en metrópoli, tenia por sufragáneos tres obispados, que son Cáceres, Nombre de Jesus, y Nueva-Segovia; poseia además conventos y colegios, y el clero se hallaba en el mismo pie que en Europa. De Manila, fué trasportado durante la noche, en 1708 por un barco español á Jaconisa, en la costa del Japon. Apenas desembarcó, cuando conducido por una buena escolta, fué llevado á la ciudad de Nangazaqui. Los gobernadores

de esta plaza invitaron al jefe y empleados de la factoría holandesa á que asistieran al interrogatorio que debia de hacerse al extranjero, pues esta es una costumbre á que nunca se falta, en tratándose de algun europeo que se ha atrevido á penetrar en el Japon. Ellos vieron, dice un escritor de esta nacion, cuyo relato seguiremos, un hombre alto y enjuto de carnes, como de unos cuarenta años de edad, pálido, pero de mirada penetrante y llena de fuego, con el cabello negro y arreglado al uso del Japon, y la barba igualmente negra, larga y espesa, vestido con una túnica de seda al estilo del pais, con una cadena de oro alrededor del cuello, de la cual pendia una cruz grande de madera oscura, con un Cristo dorado. En la mano llevaba un rosario, y bajo el brazo dos libros, pues si bien le habian atado las manos con cadenas, se las habian quitado antes del interrogatorio. En una especie de saco azul que le cogieron al tiempo de prenderle le encontraron todo lo necesario para celebrar misa, una cajita con el santo óleo, un pedazo de la vera cruz, algunas medallas benditas, varias monedas de oro, y el breve de su mision firmado por el cardenal de San Clemente. Tan singular pareció su porte exterior, que los holandeses por de pronto creyeron que su razon estaba desarreglada; mas se desengañaron muy luego, así que principió el interrogatorio, pues las respuestas del misionero, muy lejos de presentar el menor sintoma de desarreglo mental, presentaban el carácter de un juicio sano y de una constancia admirable. Cuando le preguntaron si habia hablado de la Religion cristiana á los japoneses, contestó que habia tenido buen cuidado en no dejar de hacerlo, puesto que ese era el objeto de su viaje. Todas sus demas palabras dieron testimonio de su celo y firmeza. Habiendo reparado en medio del interrogatorio, que los japoneses tocaban libremente con sus manos algunos de los objetos que traía en el saco azul, les suplicó en su propio idioma, que se abstuviesen de hacerlo, por ser objetos sagrados. Despues del interrogatorio, fué conducido Sidotti desde Nangazaqui á Jedo, capital del imperio y residencia de la corte. Allí lo metieron en una prision, dejándole como olvidado por espacio de algunos años, en cuyo tiempo, favorecido sin duda por algunos antiguos fieles,

trabajó como le fué posible en la conversion de los idólatras, hasta que habiendo instruido y bautizado á muchos de ellos, llamó la atención del gobierno. Condenaron á muerte á todos los recién convertidos, y Sidotti fué arrojado á un foso de cuatro á cinco pies de profundidad, que rodearon con una pared, dejando una pequeña abertura para darle la comida. Allí murió al cabo de cierto tiempo, lleno de infeccion y de debilidad. De este modo terminó su carrera aquel denodado misionero, cuyo celo, prudencia, caridad, piadosa ternura, humildad profunda y perfecto desinterés, están acreditados por el testimonio de cuantos tuvieron ocasion de conocerle, ora en Manila, ora á bordo del barco en que hizo su pasaje al Japon. No se desmintió un punto su carácter mientras le duró la vida; y si Dios en sus inescrutables designios no concedió á este santo varon todo el buen resultado que sus virtudes parecían merecer, otorgóle, por lo menos, la gloria, que tan ardentemente deseaba, de terminar sus dias con la palma del martirio.

§ III.—*Estado del cristianismo en Africa y en América.*

Si desde el Asia fijamos nuestra vista en Africa, pais donde en otros tiempos brilló con tanto esplendor la Religion, veremos que las misiones, durante la época de que nos ocupamos, no eran ni muy considerables, ni muy multiplicadas. Hallábanse los pobres católicos de aquella region en el estado mas angustioso. Sin embargo, algunos varones caritativos y llenos de celo proseguian la redencion de cautivos, obra tan honrosa para la Religion. Gran número de cautivos fueron rescatados en 1700 de Trípoli, Tunez y Argel, por los religiosos de la Redencion, que habian hecho el viaje á Berberia. Argel, que acabamos de nombrar, poseia una casa de sacerdotes de San Lázaro, fundada por la duquesa de Aiguillon; los españoles tenian un obispo en Ceuta. Los portugueses habian tambien establecido varias sedes episcopales en diferentes puntos de aquellas costas, en San Salvador, capital del Congo, y en San Pablo de Loanda, dos ciudades que contaban gran número de cristianos. El mismo rey del Congo era católico, y varios de los pequeños princi-

pes adyacentes protegian á los misioneros, como se ve por los breves de Clemente XI, que elogian el celo y benevolencia de aquellos. Luis XIV habia enviado obreros apostólicos al Senegal, y uno de ellos, el P. Lachere, franciscano, escribió la historia de sus viajes, que no llegó á publicarse. Las islas de la Madeira, Canarias y del Cabo-Verde estaban habitadas por católicos, y algunas tenian sedes episcopales.

Pero apresurémonos á hablar de América, cuyo aspecto es mas consolador. Cuando esta parte del mundo fué descubierta, toda ella estaba sumida en la idolatría. Entre las grandes naciones que habitaban aquel continente, Méjico y el Perú eran las mas famosas. Una y otra admitian un Dios supremo, una vida futura, recompensas para los hombres de bien, y castigos para los perversos: estas son las verdades primitivas que se encuentran en todas partes. Una tradicion que se pierde allá en los tiempos mas remotos las ha ido conservando en depósito entre los diversos pueblos del orbe, lo cual es una prueba evidente de que cuantas naciones cubren la superficie de la tierra proceden de un mismo origen y parten de un mismo tronco. Mas estas verdades habian sido alteradas entre los americanos asi como entre los demas pueblos á quienes Dios no se ha dignado manifestarse por medio de una revelacion particular. Los peruanos adoraban al sol, á causa de su calor vivificante, considerado por ellos como principio de la fecundidad: el templo en que este hermoso astro recibia los honores divinos, era de una magnificencia y riqueza que asombra á la imaginacion: diríase que con el esplendor del oro y piedras preciosas incrustadas en las paredes interiores del edificio, se habia intentado imitar el esplendor de la luz que aquel astro derrama sobre el universo. El culto de los mejicanos era mas grosero, pues lo tributaban igualmente al sol que á la luna, á las estrellas, al cielo, á la tierra, al mar y á otra infinidad de divinidades subalternas. Al mas grande de sus dioses, llamado Vitziliputzli, le atribuian la omnipotencia y el gobierno del mundo; ofrecianle victimas humanas, acompañándole un culto tan contrario á la naturaleza con circunstancias que todavia acrecentaban el horror de tan bárbaros sacrificios. Cuantos enemigos cogian prisione-

ros, otros tantos reservaban para inmolarnos en sus fiestas solemnes; cuando los mejicanos no los tenian, declaraban por el mas leve pretexto la guerra á los pueblos inmediatos á fin de que sus dioses no careciesen de un homenaje que á su modo de ver les era tan agradable. Las demas naciones indianas, igualmente sumidas en las tinieblas de la idolatría, no se hallaban mas libres de supersticiones bárbaras y absurdas. El deseo, pues, de convertir á los pobres infieles que habitaban en aquellas regiones recién descubiertas, fué lo que impulsó á los reyes de España á conquistarlas mas bien que el deseo de adquirir nuevos dominios ó acrecentar su poder. Cuando se terminó la conquista y el gobierno español llegó á establecer una administracion regular y constante en aquellas vastas regiones donde su supremacia habia desgraciadamente sido cimentada con sangre, prosiguieron algunos misioneros entregándose con un celo tan infatigable como desinteresado á la penosa tarea del apostolado. Lo que por largo tiempo impidió que su ministerio pudiese recoger el fruto apetecido, no fueron ni las incomodidades causadas por los calores excesivos del clima, ni las enfermedades que el aire y la novedad de los alimentos producian, ni los insectos y reptiles que les atormentaban, ni, lo que es aún mas que todas esas calamidades físicas, el obstáculo moral que resulta de la diferencia de idiomas y costumbres; sino otros elementos de contradiccion mucho mas insuperables, y que nacian, uno de parte de los indios, y el otro de parte de los mismos españoles. Las violencias que la conquista lleva necesariamente consigo habian impresionado tan hondamente el corazón de los indios, que bastaba decirles que la Religion cristiana era la de sus conquistadores para que se negasen á prestar oídos á quien se la anunciaba. Inútil era repetirles que el Dios de los cristianos es un Dios de paz y bondad; que su amor á los hombres llegó hasta el extremo de hacerle vestir la frágil naturaleza humana para instruirlos, y dar su propia vida por salvarlos; que su ley es una ley de union, de concordia y de beneficencia, que enseña á perdonar las injurias, á mirar como hermanos á todos los hombres y á hacer bien á los enemigos; ese Dios que se les pintaba tan bueno, era el Dios que adoraban

sus vencedores; esa ley de Europa, tan sábia y tan dulce, era la misma que profesaban los españoles; y ¿cómo se portaron muchos de estos en América, á pesar de esa Religion y sin saberlo los reyes católicos? ¿Cuántos males no acumularon con su ambicion y avaricia sobre unos pueblos desconocidos poco antes y que jamás les habian causado la menor ofensa? Semejantes reflexiones indignaban el ánimo de aquellos naturales y les hacian temer que aquella Religion que se les proponia se convirtiera para ellos en un manantial de infortunios. El obstáculo que nacia de parte de los españoles era aún mas grande; la insaciable avidez de algunos de sus caudillos, las enemistades que se suscitaban entre ellos, y los desórdenes de su vida privada, daban al traste con todos los ensayos que los misioneros hacian por dar á gustar á los infieles la sabiduría y santidad de la ley evangélica. Efectivamente, ¿cómo era posible persuadir á los idólatras que para ser cristiano es preciso despreciar las cosas perecederas, no buscarlas sino para atender á las necesidades de nuestra vida, no apegar á ellas el corazón, moderar los deseos, reprimir las pasiones, compadecer los males de los hombres, amarlos como á sí mismo, socorrerles con su propio bien y darles siquiera consuelo cuando no se pueda darles socorro; ser sóbrio, templado, casto, enemigo de todo exceso; ¿era posible, decimos, persuadirles de estas verdades, teniendo á la vista el ejemplo de los españoles, divididos entre sí por la sed del oro y el afán del mando, y entregados á la molice y al libertinage? ¿Podian acaso los indios persuadirse que los pueblos de Europa estuviesen convencidos de la verdad del cristianismo, viendo que tan rudamente infringian sus mas santas leyes, y que á pesar de sus mas terribles amenazas no ponian freno á sus impetuosas pasiones? Algunos de aquellos hombres que tan ciegamente faltaban á los deberes de la Religion, cuyos apóstoles debieran haber sido, no se contentaban con solo dar el escándalo del mal ejemplo de su conducta, sino que se oponian de todos los modos posibles al celo de los misioneros, por temor de que haciéndose cristianos los antiguos colonos del pais adquiriesen nuevas ideas acerca de la dignidad del hombre y sus altos destinos, con cuyas ideas no serian tan dóciles al yugo, ni tan á

propósito para la esclavitud. Sin embargo, no por eso se entibió el celo de los misioneros. Dividiendo su solícita atención entre los americanos y los españoles, para conseguir vencer la repugnancia que los primeros oponían á los preceptos de la moral cristiana, se aplicaban al mismo tiempo á destruir en los segundos todo lo que impedía que cumpliesen con sus deberes; y habiéndose morigerado mas los españoles, prestáronse los indios con menos prevención á los medios que se empleaban para instruirlos: gran número de ellos abrió los ojos á la verdad, y contribuyendo con su ejemplo á desengañar á sus hermanos, multiplicáronse las conversiones, de manera que con el tiempo la nueva sociedad cristiana que con tanto trabajo se habia formado en aquellos climas distantes, llegó á ser numerosa y floreciente. Las posesiones españolas del Continente gozaron del ejercicio pleno y entero de la Religión. Erigieronse obispados: en Méjico, la metrópoli, que era la ciudad de este nombre, tenia nueve sillas sufragáneas; la metrópoli de Lima en el Perú tenia ocho, la de Santa-Fé en la Nueva-Granada tres, y la de la Plata cinco. El clero de aquellos países llegó á ser muy rico: los templos eran hermosos y los conventos se hallaban bien dotados. De manera que, despues de no haber cogido mas que espinas los apóstoles del Nuevo-Mundo, recogían por último una abundante cosecha espiritual en aquella tierra fecundada por su generosa caridad y por su invicta paciencia. Estas virtudes fueron las que al principio de la conquista distinguieron á un Domingo de Mendoza, misionero de Santo Domingo; á un Julian Garcés, primer obispo de Tlascala; á un Bartolomé de las Casas, obispo de Chiappa, famoso por la santa intrepidez con que tomó á su cargo la defensa de los indios; á un Vicente de Valverde, obispo de Panamá, y luego de Cuzco, que iba á buscar á los americanos fugitivos, hasta por las cimas de los montes mas escarpados y por el fondo de los abrasadores desiertos en que se ocultaban; á un Gerónimo de Loaysa, primer obispo de Nueva-Cartagena, trasladado á la silla arzobispal de Lima, que hizo abrazar el Evangelio á un gran número de idólatras, á pesar de las contradicciones que los antiguos cristianos le suscitaron; á un Bernardo de Alburquerque, prelado digno de los mas bellos

tiempos de la Iglesia, cuyo intrépido celo en medio de las fatigas y peligros fué la admiración de la provincia de Guajaca, en las orillas del golfo de Méjico, y cuya santidad atestiguó el cielo por medio de milagros. Cuando la dominación de los reyes de España quedó sólidamente establecida en aquellas vastas regiones, vióse tambien aparecer en ellas á un Tomás Torres, adornado con las virtudes y poder del apostolado, que habiendo sido primeramente obispo de la Asunción, capital del Paraguay, pasó posteriormente al obispado de San Miguel, de la rica provincia de Tucumán, y que trabajó con no menos buen resultado en ajustar las costumbres de los españoles á las santas máximas del Evangelio que en convertir idólatras. Débese asimismo hacer honrosa mención de un Francisco de la Cruz, obispo de Santa Marta, que halló el medio de facilitar las misiones en sitios que parecían inaccesibles; de un Cristóbal de Torres, arzobispo de Santa-Fé, la parte mas fértil y rica de la América española, cuyo obispado se distinguió por reglamentos llenos de sabiduría, y por establecimientos que le grangearon el amor de sus diocesanos. Pero si nuestra intención fuese hablar de todos los piadosos obispos que sacrificaron su reposo y su vida por la gloria de la Religión en aquellos lejanos países, sería necesario copiar literalmente la lista de cuantos ocuparon, durante el siglo XVI y parte del XVII, las diferentes sedes que en aquel continente se erigieron. Además de los países ocupados por los españoles, habia misiones establecidas entre los pueblos indígenas: las costas de la California estaban, gracias á los jesuitas, llenas de establecimientos muy parecidos á las reducciones del Paraguay, es decir, que los misioneros, despues de haber convertido hordas enteras, las civilizaban y reunían en poblaciones, de las que ellos eran los pastores y gefes. La fundación de las misiones del Paraguay, descritas por Muratori con el título perfectamente apropiado de *Cristianismo dichoso*, data del año 1610. Las islas españolas poseían los mismos establecimientos que la tierra firme; en la de Santo Domingo se erigió una Silla metropolitana, en la de Cuba habia un obispo, y en la de Puerto-Rico otro.

En el Brasil, asi como en las posesiones

españolas, el cristianismo era la única Religión que se profesaba. San Salvador poseía una Silla metropolitana, de la que dependían tres sufragáneas, y en lo sucesivo se fué aumentando el número de obispados.

Habiendo llamado la atención de todas las naciones europeas el descubrimiento de América, los franceses, á pesar de las turbulencias que agitaban á su patria, quisieron tambien tener la gloria de civilizar aquellos países; con este objeto hicieron algunos armamentos, y emprendieron expediciones del modo que el lamentable estado de su marina les permitía. El primer resultado de todo esto fué la conquista de algunas islas, como la de la Martinica, Guadalupe, etc. Estas colonias, en que los franceses formaron establecimientos que con el tiempo se hicieron considerables por la industria y actividad de los que se trasladaron á ellas, eran dirigidas por prefectos apostólicos que sucesivamente fueron enviándose, y que por lo regular eran religiosos tomados de los diversos órdenes; pero esta forma de administración se estableció con suma lentitud. Los jesuitas, dominicos, capuchinos y carmelitas, desempeñaban las funciones de párrocos en los puntos que se les designaban. En la parte francesa de Santo Domingo los jesuitas estaban encargados de las parroquias del Norte, y los dominicos de las del Sur. Los religiosos de la Caridad servían un hospital en el Cabo y otro en Leogano. En 1684 habia en la Martinica diez y seis parroquias y solo tres en Guadalupe, cuyo número se aumentó despues. Pero el país mas vasto de que los franceses se posesionaron al otro lado de los mares, desde el descubrimiento del Nuevo-Mundo fué el Canadá en la América septentrional. Establecieronse en él en 1545, desde cuya época varones piadosos y caritativos trabajaban en dar á conocer las verdades de la Religión á los pueblos idólatras que allí habitaban; pero hablando con propiedad, no fué sino en el año de 1613 cuando algunos PP. recoletos echaron allí los cimientos del cristianismo. Otros misioneros, animados de igual deseo de ganar almas para Dios, se unieron á los recoletos; y todos juntos, animados de igual pureza de intenciones, hicieron tales progresos, que en breve el cristianismo se vió en un estado floreciente. Los obreros apostólicos, olvidán-

dose en cierto modo de sí mismos, y sacrificándose por la salvación de los pobres salvajes, se sepultaban con ellos en sus bosques, desafiaban al rigor de las estaciones, se alimentaban de los mismos manjares, y se acomodaban á sus costumbres y modales. Dios bendijo sus trabajos, y entre aquellos hombres sencillos é ignorantes hallaron los misioneros unos consuelos que en vano hubieran buscado en el seno de las ciudades civilizadas y cristianas de Europa. Los personajes mas visibles de la corte de Luis XIII se sintieron escitados de noble emulación para favorecer los progresos del cristianismo en el Canadá. El comendador de Sillery hizo edificar á sus espensas, á poca distancia de Quebec, una población para los indios convertidos: la duquesa de Aiguillon fundó un hospital en el mismo punto; madama de La-Peltrie, jóven viuda de Alençon, estableció tambien un convento de ursulinas para la instrucción de las niñas; y una piadosa asociación de la capital realizó en grande en Mohreal lo que en pequeño se habia ensayado en Sillery. En tanto que los jesuitas, desparramándose entre los salvajes, predicaban simultáneamente en el país de los hurones, en el de los iroqueses y de los algonquinos, y que pasando aun mas adelante, fundaban las misiones en el Estrecho, en Michilimakinak y en otros sitios á orilla de los grandes lagos, otros eclesiásticos seculares se encargaban especialmente de las colonias francesas. Fundábanse curatos bajo los auspicios de un vicario apostólico, y por último, Luis XIV obtuvo la creación de una sede episcopal en Quebec en 1675, siendo el primer titular de ella Francisco de Laval-Montmorency, anteriormente obispo de Petrea, prelado digno de los primeros siglos por su celo, candor y desinterés, y luego le reemplazó muy dignamente Juan Bautista La Croix-Chevrieres de Saint-Vallier. Los franceses habian establecido tambien la Religión católica en la Acadia, que fué cedida á los ingleses en 1713, en la isla Real y en la isla de San Juan, que luego cayeron sucesivamente en poder de estos hereges; pero por desgracia no floreció el cristianismo allí con tanto esplendor como en el Canadá, en donde era de admirar el infatigable ardor de los apóstoles, el valor de los mártires, la generosidad de los neofitos y la fidelidad de las